

Aguas aéreas

La lección de poesía de Cintio Vitier

David Huerta

Cintio Vitier nació en Cayo Hueso, Florida, Estados Unidos, el 25 de septiembre de 1921. Murió el pasado jueves 1 de octubre de 2009 en La Habana. Con su deceso se cierra un largo y fecundo ciclo en la historia de la cultura cubana y de la literatura moderna de ese país.

Perteneció Vitier a la brillantísima generación unida en torno de la revista *Orígenes*, una de las publicaciones seminales del tiempo latinoamericano, al lado de la argentina *Sur*, la peruana *Las Moradas* y las mexicanas *Contemporáneos* y *El Hijo Pródigo*. El jefe natural de esa comunidad extraordinaria de poetas y artistas plásticos a la cual podemos llamar, sin la menor duda, “la generación de *Orígenes*” era, por supuesto, el Lince de Trocadero: José Lezama Lima. Otros integrantes del grupo fueron Fina García Marruz, esposa de Vitier; el musicólogo Julián Orbón; los poetas Eliseo Diego y Gastón Baquero; el sacerdote y poeta Ángel Gaztelu; los pintores Mariano, Wifredo Lam y René Portocarrero; el admirable José Rodríguez Feo, mecenas y animador de *Orígenes*.

En el año 2002, le fue otorgado a Vitier el Premio Juan Rulfo en el marco de la Feria Internacional del Libro (FIL) de Guadalajara. Fue, fundamentalmente, un gran reconocimiento a su trabajo poético.

En diciembre de ese año fui invitado a Guadalajara a participar, al lado de varios colegas cubanos y mexicanos, en las mesas redondas en torno de la obra de Vitier. Decidí comentar y celebrar el genio crítico de Cintio Vitier, tal y como aparece en las páginas de un espléndido libro de 1958: *Lo cubano en la poesía*.

Al término de esa mesa redonda, le entregué a Vitier el puñado de cuartillas de mi intervención. Fue un regalo desinteresado. Le dije: “Cintio, estas palabras son tuyas; dispón de ellas con entera libertad”.

Él las dio para su publicación a la revista habanera *Casa de las Américas*. Meses después aparecieron en esas páginas. Cuando las vi, sentí un profundo desagrado: estaban acribilladas de erratas y de errores casi increíbles; un solo ejemplo bastará para dar una idea del desastre publicado con mi firma en *Casa de las Américas*: sor Juana Inés de la Cruz aparecía ahí; como una poetisa peruana! Entregué ese ejemplar de la revista al lugar más conveniente, es decir, mi “archivo circular”: el cesto de papeles.

No deseo ponerme a explicar el origen de ese desagrado, aun cuando, francamente, sospecho una considerable porción de mala fe, como si se tratara de una especie de extraña venganza. ¿Venganza? Sí: en mi texto me refería —inconvenientemente, por lo visto— a escritores exiliados de la Cuba moderna, como Rafael Rojas y Norge Espinosa. En fin.

A raíz de la muerte de Cintio Vitier, he decidido publicar de nuevo, este 2009, mi discurso en Guadalajara en 2002. Lo he ampliado y remozado; mis opiniones sobre *Lo cubano en la poesía*, sin embargo, siguen siendo esencialmente las mismas; mi admiración por la visión crítico-histórica de Cintio Vitier permanece idéntica a ese momento de su premiación en Jalisco, admiración ahora matizada por la tristeza de su fallecimiento.

Presento, pues, a continuación, aquel ensayo, viejo y nuevo a la vez, a los lectores de la *Revista de la Universidad de México*.

Las diecisiete lecciones de *Lo cubano en la poesía* forman uno de los capítulos esenciales del gran libro colectivo de la “expresión americana”. La primera línea de esa obra multiforme y conjetural, fraguada a

lo largo de las edades latinoamericanas, está en el *Diario* de Cristóbal Colón: “Toda la noche oyeron pasar pájaros”, preciosa premonición insular en medio del aire marino, trémulo de alas y de vuelos, antes de aparecer las primeras costas americanas frente a los ojos del Almirante; del *Architalassus*, como llamaba Pedro Mártir de Anglería, hermosamente, a los grandes *capitanes de la mar oceana*, en la páginas de sus *Décadas*.

Las crónicas del siglo XVI, tardía floración renacentista de una riqueza necesariamente anómala, constituyen una inflexión del humanismo europeo en pleno estado de crisis. Debía ser así: el complemento crítico de esos registros febriles de la naturaleza del Nuevo Mundo (Acosta, Oviedo...) es la Controversia de Valladolid (1550), en la cual dos posturas contrastantes de ese humanismo en crisis se enfrentaron por primera vez para discutir en torno de la legitimidad o legalidad de la conquista y la evangelización. Sí, fue y es un capítulo del humanismo: Ginés de Sepúlveda era un humanista cristiano y monárquico convencido, integrante de la vieja escuela del pensamiento renacentista, lastrado aún, empero, de escolasticismo; debe señalarse así, creo, pues en la película de la historia nacional de México, Ginés de Sepúlveda figura como un villano indiscutible —pero, como en tantas ocasiones, su caso no es nada sencillo.

El viejo colega de Colón, Las Casas, se convirtió con el tiempo, luego de una triste etapa como encomendero en las islas, en el Obispo de los Confines y en Apóstol de los Indios Mexicanos; una bella ciudad chiapaneca lleva su nombre: San Cristóbal de Las Casas, escenario principalísimo del alzamiento neozapatista de 1994.

La idea imperial, monárquica y cristiana de Juan Ginés de Sepúlveda —como la de un soneto famoso de Hernando de Acuña— tiene la misma raíz de la prédica humanitaria y evangélica del padre Bartolomé de Las Casas. Pero la poesía, estando ahí también —Ginés de Sepúlveda conoció y trató a Garcilaso de la Vega, quien le dedicó una oda latina—, está asimismo en otros lugares, en una vinculación siempre también anómala con las sociedades, con la historia, con la naturaleza del Nuevo Mundo, tema cardinal de las obras magistrales del sabio italiano Antonello Gerbi. En Cuba, por ejemplo. De ahí, de los crisoles atormentados del siglo XVI se desprende, ahí comienza, la lección de poesía de Cintio Vitier.

Es una lección semejante a otras igualmente apasionadas, en diversos países y tradiciones hermanas, confluyentes o convergentes en el despliegue de “la expresión americana”: las valoraciones de Alonso de Ercilla hechas por José Toribio Medina; la empresa civilizadora de Andrés Bello y Alfonso Reyes; los estudios sobre sor Juana Inés de la Cruz de Alfonso Méndez Plancarte y Antonio Alatorre; el testimonio lírico y vital de Luis Cardoza y Aragón; el esfuerzo interpretativo de Amado Alonso ante la poesía hermética de Pablo Neruda; las imaginativas reflexiones de Octavio Paz; los ensayos crítico-históricos de Rafael Gutiérrez Girardot; las lecturas de Arturo Cantú de la poesía de José Gorostiza; las investigaciones sobre poesía latinoamericana de Jorge Aguilar Mora, como su espléndido trabajo sobre el peruano Martín Adán; la investigación en torno a Juan de Castellanos emprendida por William Ospina, entre muchos ejemplos, no tan numerosos como nos hacen falta.

Las palabras *lección* y *lecciones*, en su acepción antigua, significaban *lectura*, *lecturas*; si juntamos esa acepción con el sentido moderno, pedagógico o didáctico, tenemos esto: las lecciones de un libro son o pueden ser, al mismo tiempo, la materia de una enseñanza y el objeto de una travesía literaria: el lector se convierte en alum-

no, la lectura se transforma en iluminación intelectual.

El fruto de la lección, de la lectura, depende por supuesto del autor-maestro. Ese maestro inmejorable en el tema de la historia de la poesía cubana es Cintio Vitier, enamorado de su tema hasta las raíces, para instruirnos, en un libro, sobre el doble tema de Cuba y la poesía.

Cintio Vitier dictó el curso original del libro posterior *Lo cubano en la poesía* en el Lyceum de La Habana del 9 de octubre al 13 de diciembre de 1957. Escribió sus apuntes con una fiebre semejante a la pasión en la escritura de algunos poemas; así lo dice él mismo: “Este libro... fue escrito en un raptó, como puede serlo un poema”. Y agrega: “Cada capítulo se terminaba en dos o tres días de febril trabajo, sin ningún acopio de erudición, sin levantar el lápiz del papel, como resultante acumulada de muchos años de amor a nuestra poesía”.

Cuesta un poco de trabajo imaginarse a Cintio Vitier en esas circunstancias, en su gabinete de escritor, rodeado de libros citados con fruición y con exactitud; pero no resulta una escena increíble. El movimiento natural de abrir un libro para encontrar los pasajes o los versos deseados, copiarlos y anotar las precisiones requeridas —todo ello labor del erudito— y luego discurrir críticamente acerca del poema, parece ir en contra de esas ideas de “raptó” y de “fiebre” con las cuales Vitier describe sus gozosas fatigas al preparar las lecciones de *Lo*

cubano en la poesía. Muchos poemas fueron citados por él, estoy seguro, de memoria, en las páginas de la obra, y con toda fidelidad. La palabra clave, aquí, es *amor*, por supuesto: amor a la poesía, amor a Cuba. ¿No es el mejor maestro el enamorado de su tema y capaz de mostrar —de enseñar— ese amor entusiasta a sus alumnos, a sus oyentes, a sus lectores? Por supuesto. Vitier podría repetir con toda convicción el verso emblemático de José Martí: “Dos patrias tengo yo: Cuba y la noche”.

Leer *Lo cubano en la poesía* me recordó ese otro testimonio de amor a un país y a una obra: la labor de Amado Nervo en la Biblioteca Nacional de Madrid con sor Juana Inés de la Cruz. Nervo paleografió amorosamente la biografía de la monja poeta debida al padre Diego Calleja, amigo y confidente de la genial autora del *Primero sueño*. Calleja era un hombre esclarecido, sin duda, digno amigo, en términos intelectuales y personales, de la reclusa jerónima, un interlocutor magnífico; Nervo, por su parte, supo entender el valor de esa biografía y la incluyó en su estudio sobre sor Juana, publicado en 1910 y dedicado “a las mujeres todas de mi país y de mi raza”. El precioso librito de Nervo se titula sencillamente *Juana de Asbaje*. Los expertos podrán decir, como suelen hacerlo ante obras de indudable valor histórico y



Eliseo Diego, Bella y Fina García Marruz y Cintio Vitier

crítico del pasado: esa obra de Nervo “ya está superada”. Cada quien su pedantería.

Del otro lado del Atlántico, Cintio Vitier tenía el ejemplo de lo hecho por los poetas —dobladados en estudiosos puntuales, como Amado Nervo ante sor Juana— de la generación de 1927, es decir, el año de las conmemoraciones, en España y en el mundo, del tercer centenario de la muerte de Luis de Góngora y Argote, príncipe de la poesía de nuestro idioma. En Cuba se comenzaba a publicar entonces la *Revista de Avance*. Del entusiasmo de los españoles para emprender la revaloración gongorina surgieron libros de erudición y de crítica como los de Dámaso Alonso, Gerardo Diego, José María de Cossío y la tesis de Jorge Guillén, por largo tiempo desconocida. En ese mismo ambiente dio a la imprenta sus primeros trabajos el orientalista, arabista por más señas, Emilio García Gómez, sin cuyo libro *Poemas árabe-andaluces* difícilmente podríamos explicarnos la poesía de Federico García Lorca. También en esos mismos años de la primera mitad del siglo pasado publicaron sus trabajos monumentales Antonio Vilanova y Miguel Artigas. Con ello continuaron, críticamente sin duda —pues el santanderino era un furioso antigongorino—, la obra de Marcelino Menéndez Pelayo, a quien Dámaso Alonso describió expresivamente como “simún de los lectores” y “Sáhara de los polígrafos”.

Cintio Vitier emprendió sus trabajos con esa tradición moderna en el ambiente. Y lo hizo espléndidamente. Él es un simún-lector y Sáhara-polígrafo de la mayor de las Antillas.

El poeta y estudioso cubano comprendió lo declarado unos cuantos años antes por el mexicano Jorge Cuesta, en la década de los años treinta: la poesía escrita de este lado del Océano Atlántico es una de las estribaciones de esa entidad cultural a la cual debemos llamar, sin el menor asomo de circunscripción político-geográfica, *poesía española*.

Sin duda, la poesía escrita en esta parte del mundo es una de las vertientes más ricas y fecundas de esa *poesía española*; vien-

do de tal manera los poemas de nuestro idioma, se evitan los particularismos y sus inevitables limitaciones; al mismo tiempo, se allega uno la atalaya ideal para observar, con todo cuidado, los rasgos peculiares de las obras, las corrientes y las personalidades. Sin localismos limitantes, se está en posibilidad de estudiar, por ejemplo, una vez establecidos con claridad los contenidos de la terminología, “lo cubano en la poesía”. Al mismo tiempo, se conjura el fantasma del nacionalismo estéril y vanilocuente, y se puede contemplar, en su especificidad, lo escrito, impregnado de mil maneras por el ambiente de un país, de una cierta naturaleza, de una historia con sus accidentes, infortunios y exaltaciones.

Sin el menor nacionalismo o localismo, sor Juana pudo escribir ciertos versos de un romance para agradecer “a las inimitables plumas de la Europa” los elogios brindados a sus poemas. La monja pregunta, como buscando una explicación de todo lo bueno ocurrido a su poesía:

¿Qué mágicas infusiones
de los indios herbolarios
de mi patria, entre mis letras
el hechizo derramaron?

Como en filigrana, sor Juana alude al hecho de no haber nacido ella en España, sino en una tierra donde hay “indios herbolarios”. Su *patria* no es la metrópoli sino, precisamente, una de las estribaciones del imperio. Es decir, con todo y su admiración por Góngora, su maestro, la monja jerónima sabe y entiende lo siguiente: ella no es una española “de las de allá”; sino, sencillamente, una americana.

Es el mismo espíritu desencadenador del ensayo magistral de Cintio Vitier. Vitier habla de una “desespañolización” de la poesía cubana —cuyo punto culminante son la figura y la obra, política y literaria, de José Martí— y explica cómo ello configura un proceso de “interiorización”, es decir, de apropiación. Habla también del “élixir de lo criollo-cubano”, ingrediente, como él mismo agrega, de “una nueva toma de contacto con las fuerzas originales de lo hispánico”. Así, la poesía cubana se vuelve realmente ella misma, con esa toma de contacto. Ninguna experiencia se desperdicia: ni el sibon-

neísmo de varios poetas ni el japonismo de Julián del Casal ni la militancia de Rubén Martínez Villena son rechazados por ese movimiento orgánico de toda una cultura literaria, por ese proceso a la vez integrador y diversificador. El gongorismo popularista de Nicolás Guillén es un caso límite de una diafanidad asombrosa.

Las inteligentes y cuidadosas lecturas de los escritores y estudiosos de las jóvenes generaciones en el libro clásico de Cintio Vitier —como las emprendidas por Rafael Rojas y Norge Espinosa— son el mejor refrendo de sus valores intrínsecos y manifiestos. Desde hace algunos años, además, tenemos entre nosotros, en edición facsimilar —preparada por el poeta mexicano Marcelo Uribe, también espejo de editores—, la legendaria revista *Orígenes*, cuyo centro magnético era el magisterio de José Lezama Lima. Cintio Vitier fue uno de los corazones y de los espíritus vivos animadores —dadores de alma— de esa publicación seminal.

Dos hombres extraordinarios llamados José enmarcan su reflexión crítica y su repaso histórico: Martí, Lezama Lima. Son los dos puntos de inflexión en donde “lo cubano en la poesía” adquiere su plenitud y su fuerza germinativa. Vitier lo ha visto muy bien; sin su libro extraordinario no tendríamos esa claridad de visión crítica y apasionada para discernirlo en el horizonte del devenir cultural.

Celebramos en Cintio Vitier la inteligencia atenta con la cual se enlazan el amor a la poesía y el amor a la patria.

Lo cubano en la poesía traza una historia y, al hacerlo, piensa con intensidad cada uno de sus episodios; ni una sola vez pierde su doble centro de atención, su norte y sentido, su estrella polar y caribeña: Cuba, la poesía, lo cubano en la poesía.

Es, ya, un libro clásico de la cultura latinoamericana en el arduo camino hacia la universalidad. **U**